



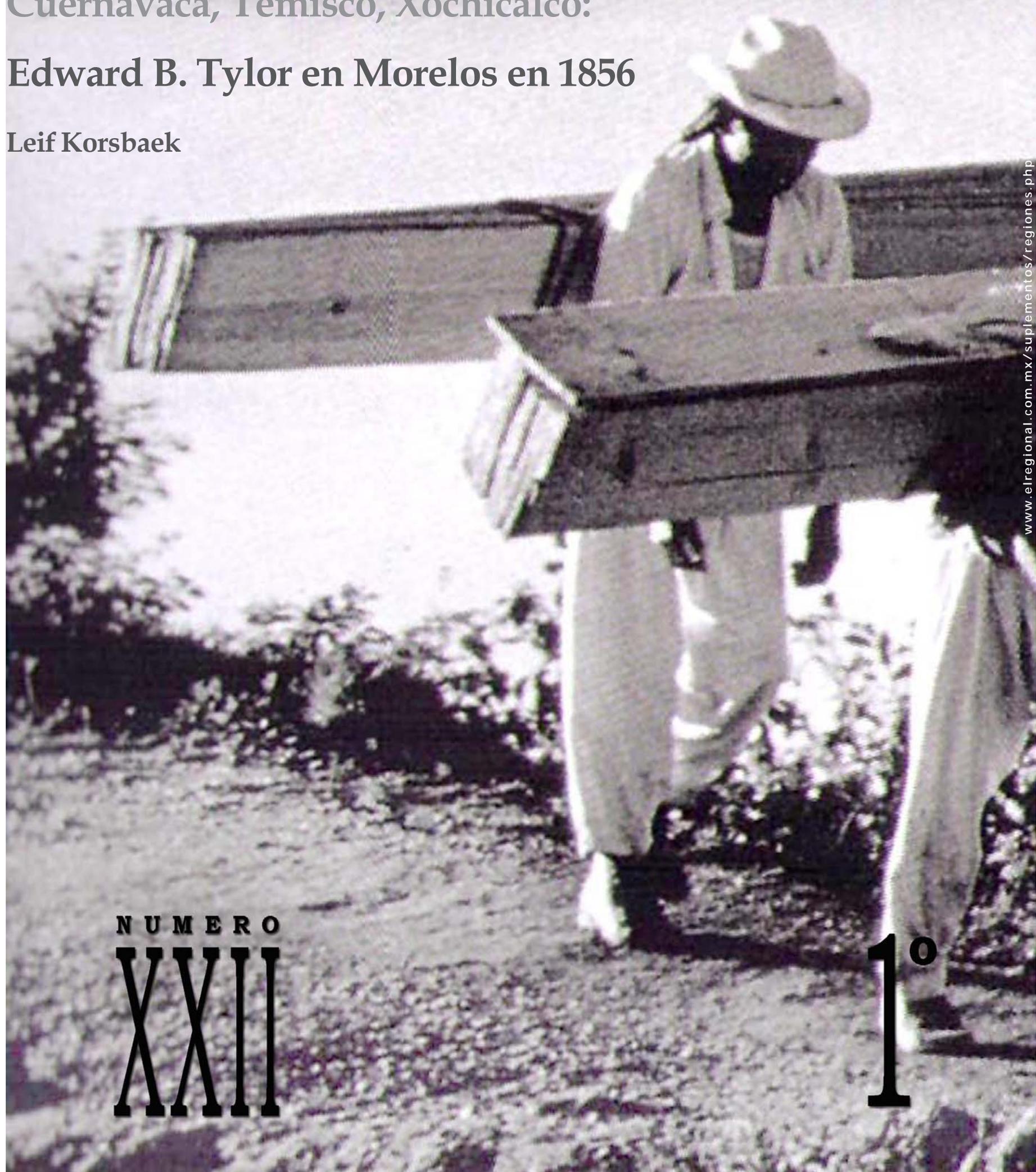
regiones
suplemento de antropología...

edición especial de aniversario
número 22, primera entrega
05 de septiembre de 2006

Cuernavaca, Temisco, Xochicalco:

Edward B. Tylor en Morelos en 1856

Leif Korsbaek



www.elregional.com.mx/suplementos/regiones.php

NUMERO

XXII

1º

El texto que presenta *Regiones, suplemento de antropología...* con motivo de su segundo aniversario, es la traducción al español del séptimo capítulo del libro *Anahuac, or Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern*, que **Edward B. Tylor**, el fundador de la antropología moderna, publicó en Londres en 1861 (por la editorial Longman, Green, Longman & Roberts), en el cual narra sus impresiones de una estancia de cuatro meses en **México en 1856**, el peor año de la Reforma en nuestra república.

Todos los martes del mes en curso, en las páginas de esta publicación mensual de **El Regional del Sur**, llegará hasta sus manos un fragmento del capítulo que **Tylor** dedicó a su paso por **tierras morelenses**.

En esta primera entrega se presenta una breve introducción al séptimo capítulo de *Anahuac*, escrita por el antropólogo **Leif Korsbaek**, quien ha hecho la traducción íntegra, próxima a publicarse, de este invaluable testimonio de la historia de nuestro país.

Edward B. Tylor en Morelos en 1856

Leif Korsbaek¹

¹ Antropólogo social de la Universidad de Copenhague, en Dinamarca; candidato a doctor en ciencias antropológicas por la Universidad Autónoma Metropolitana, en Iztapalapa, y profesor investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH-INAH).

² Las palabras son de Pablo Martínez del Río: «Tylor en México», en *Homenaje al Dr. Alfonso Caso*, INAH, México, 1951, 263-270 (pp. 204-205).

³ Evans-Pritchard proporciona mucha información acerca de los conflictos entre la joven antropología británica y la Iglesia establecida en Inglaterra, en su artículo de 1959 «Los antropólogos y la religión», en E. E. Evans-Pritchard: *Ensayos de antropología social*, Siglo XXI, México, 1974, pp. 24-43.

⁴ Es interesante la importancia del asma para el desarrollo de la teoría antropológica: si Tylor no hubiera padecido asma, «tal vez» nunca habría encontrado motivo para visitar a México, y «tal vez» nunca se le habría ocurrido hacerse antropólogo; si Malinowski no hubiera padecido asma, «tal vez» nunca se le habría ocurrido leer *La rama dorada* de Frazer en el hospital, y «tal vez» nunca se habría dirigido a Alemania e Inglaterra en busca de conocimientos psicológicos, geográficos y antropológicos. Para los chismes de la antropología británica, véase *Antropología y antropólogos. La escuela británica, 1922-1972*, de Adam Kuper, Anagrama, Barcelona, 1975.

Edward Burnett Tylor visitó México en 1856, en compañía del señor Christie, un banquero con intereses arqueológicos y prehistóricos que había conocido en Cuba al principio del mismo año. Los dos exploradores viajaron juntos durante cuatro meses, de marzo a junio, visitando las regiones alrededor de la Ciudad de México y conociendo el camino de México a Veracruz, ida y vuelta: «debido a los más elementales imperativos geográficos, puede decirse que casi todos los viajeros extranjeros a nuestro país durante la primera mitad de la época de la independencia se ajustan (naturalmente con diversas y muy importantes variantes) al mismo itinerario: desembarco en Veracruz, subida a la altiplanicie por Jalapa y Puebla; llegada a la capital; excursiones a los alrededores, sin que falte la visita obligada a Pachuca y Real del Monte, regreso a la costa... Y la obra de Tylor no constituye excepción a la regla, salvo que el acceso a la meseta ya no [lo] hicieron los viajeros por la vetusta ruta jalapense, sino por el derrotero, menos usual hasta entonces, que pasaba por Córdoba, Orizaba y las Cumbres de Acultzinco: además, al llegar al altiplano se vieron precisados a rodear la ciudad de Puebla, dirigiéndose... a Huemantla, toda vez que Puebla, ocupada en esos momentos por los alzados bajo Haro y Tamariz, estaba siendo activamente [asediada] por las huestes comonfortianas; después de la permanencia de rigor en la capital, los viajeros visitaron los citados minerales y después se trasladaron a Texcoco, de donde hicieron una excursión a las



Tylor era ciudadano del imperio más grande del mundo, después de la degeneración del imperio español: el imperio británico, y el trasfondo de las observaciones amablemente etnocéntricas de Tylor es la existencia de un mundo normal, el mundo británico, contra el cual se pueden apreciar y evaluar las aberraciones de los españoles, de la Iglesia católica y de los indígenas.

Pirámides y a otros puntos cercanos, seguida por la vuelta a la ciudad y una larga gira que los llevó a la región de Cuernavaca y después, por Chalma, al Valle de Toluca; en su regreso a Veracruz pasaron por Puebla y Orizaba; y desde ahí, faldeando al volcán, se trasladaron a Jalapa»².

Tylor era hijo de un comerciante exitoso, por lo que le fue posible hacer un viaje a unas regiones relativamente prístinas en busca de la ayuda de la naturaleza para superar una serie de ataques de asma. Era también hijo de una familia de cuáqueros, una minoría religiosa del mundo anglosajón que tuvo mucha importancia en el nacimiento y el desarrollo de una nueva ciencia, la antropología³. Esta

nueva ciencia se desarrolló en una confrontación sin interrupción con la Iglesia establecida, principalmente la Iglesia anglicana en el caso británico, y son varios los cuáqueros que se destacaron en el desarrollo de la ciencia en general y la antropología en particular, como lo habían hecho muchos masones en años anteriores en el desarrollo de la temprana antropología (por ejemplo, fueron los masones quienes financiaron la edición de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert en Francia). Finalmente, Tylor era ciudadano del imperio más grande del mundo, después de la degeneración del imperio español: el imperio británico, y el trasfondo de las observaciones amablemente

etnocéntricas de Tylor es la existencia de un mundo normal, el mundo británico, contra el cual se pueden apreciar y evaluar las aberraciones de los españoles, de la Iglesia católica y de los indígenas. Estos tres factores —la visión del mundo desde el mirador de la nueva burguesía y del cuaquerismo en el seno del imperio británico, tal vez a través del cristal de un asma creativa que Marcel Proust compartirá con Tylor unos años más tarde⁴— vienen a determinar el tono de las observaciones destiladas en el *travelogue* de Tylor.

En el séptimo capítulo de *Anahuac*, Tylor y su amigo Christie visitan también el estado de Morelos en su viaje de regreso a Veracruz para tomar su vapor allí y regresar a Europa.

Nuestro etnógrafo demuestra un muy amplio conocimiento de «la cultura del caballo» y hace todo un rastreo de la encrucijada de tres tradiciones culturales: la española, la árabe y la anglosajona, observando que «Casi todos los caballos mexicanos descienden de la raza árabe, la más

Fotografía: Hugo Brehme, *Dos campesinos*, México, 1920, colección Archivo Fotográfico de la Kunsthhaus, Zürich, página 123 (v. referencia bibliográfica en directorio).

suave y, sin embargo, la más temperamental en el mundo, y no han degenerado desde que los españoles los trajeron al inicio de la Conquista; conservan su figura pequeña y graciosa, su rapidez y su capacidad para aguantar. Realmente parece que no han sido criados caballos grandes en el país»; en lo referente al mercado de caballos: «El trote es considerado un vicio abominable para un caballo mexicano; aquí, su sustituto universal es el 'paso', una rara y torpe manera de andar en la que primero se mueven las dos patas de un lado y después las del otro. Con este modo de andar, el jinete es sacudido suavemente sin que tenga que levantarse en los estribos pero, una vez acostumbrado a él, no es desagradable. Además, es perfecto para viajes largos en las montañas. Frecuentemente, los caballos son entrenados en Estados Unidos para marchar de este modo; ahí son conocidos como 'caballos de paso'».

Le interesan mucho las características de la vestimenta, que contempla con una mezcla de sentido común y prejuicio bien británico, con fuertes referencias al decoro socialmente dictado: «En todo el país, los mexicanos, ricos y humildes, visten el traje nacional, que los distingue de los indígenas, quienes insisten en vestir la camisa y el calzón de manta y los sombreros de paja de sus ancestros. En las ciudades solamente las clases más bajas visten con el traje de rancharo, pues *nous autres* [nosotros] visten como europeos y siguen la última moda de París, con algunas excepciones: que para montar a caballo la gente lleva saco y calzoneras de corte nacional, aunque hechos de tela, y que el sombrero mexicano es usado regularmente, incluso por aquellos que no adoptan ninguna otra prenda del traje. Nunca existió un sombrero que estorbara más. Las alas bajas y agudas siempre amenazan con cortar a uno la cabeza cuando pasa por la calle. Es imposible meterse en una carreta con el sombrero puesto, tanto como lo es permanecer sentado dentro. Pero para caminar o

cabalgar bajo un sol feroz, es más adecuado que cualquier otra cosa»; y acerca del sarape: «El manto mexicano — el *serape* — es una institución nacional. Es más amplio que la manta escocesa y casi igual de largo, con un hoyo en medio; está tejido con los mismos diseños orientales que hasta hoy podemos ver en los llamativos tapetes de rezo que se utilizan en Turquía y Palestina. Se pone como una capa, con el extremo echado sobre el hombro izquierdo, como la capa española, y cubriendo la mitad de la cara cuando su dueño tiene frío o cuando no desea ser reconocido. Cuando llueve fuerte y uno se encuentra a caballo, mete su cabeza a través del hoyo en medio del *serape* y se convierte en una carpa ambulante. En la noche se enrolla en él y duerme encima de un petate, de una tabla o de las piedras al aire libre.

No obstante que es cómodo, el *serape* se encuentra bajo un fuerte tabú entre los miembros de las clases 'respetables' en las ciudades».

Podemos ver el texto como un primer acercamiento a una narración etnográfica que es, a fin de cuentas, narración, y como tal tiene que respetar algunas de las reglas de la transmisión literaria. Señala Gregory Bateson en el primer capítulo de su monografía *Naven*, acerca de la exposición etnográfica, que «se puede intentar mediante el uso de uno de dos métodos: por medio de técnicas científicas o artísticas. Por el lado artístico tenemos las obras de un pequeño puñado de hombres que no solamente han sido grandes viajeros y observadores, sino también escritores de gran sensibilidad, hombres tales como Charles Doughty; y también tenemos representaciones espléndidas de nuestra propia cultura en novelas como las de Jane Austen o John Galsworthy. Por el lado científico tenemos las monografías detalladas y monumentales acerca de un pequeño número de pueblos, y recientemente las obras de Radcliffe-Brown, Malinowski y la Escuela Funcionalista»⁵.



Fotografías: Familia Indígena, México, 1910, colección Archivo Fotográfico de la Kunsthaus, Zürich, página 115 y Juan Rulfo, *Quedaré alguna esperanza*, México, 1950, colección Familia Rulfo, página 309 (v. referencia bibliográfica en directorio).

En esta narración se tiene que hacer uso del ritmo. El ritmo cambia constantemente en la relación de Tylor, y podemos distinguir por lo menos dos diferentes cadencias y temporalidades en el material presentado: en un momento está hablando de la configuración del paisaje y nos da toda una conferencia científica acerca de las cualidades geológicas de las regiones a través de las cuales se mueven nuestros dos viajeros, y en el siguiente momento nos encontramos en el patio de una hacienda donde el patrón está haciendo cuentas. Tenemos la necesidad de presentar las mismas dos temporalidades (y tal vez más) en cualquier etnografía.

Volviendo a los caballos, observa que «Los faldones de nuestras sillas, las grandes polainas que protegían nuestros pies del lodo y las anchas correas de los estribos, estaban cubiertos de diseños tallados y realzados; en realidad, casi todos los trabajos en cuero son así decorados. Los talabarteros se divierten horroses adornando sus productos con discos de plata y clavos, así que no podía sorprendernos que nuestras sillas, aun compradas de segunda mano, fueran casi tan caras como los caballos». Estas observaciones muy precisas y muy prejuiciadas muestran al mismo tiempo la calidad del texto de Tylor y sus limitaciones etnográficas, pues es una «etnografía de buen humor», para bien y para mal, con hartas anécdotas, lo que nos permite plantear una cuestión bien británica: ¿cómo es la naturaleza de un discurso en el cual se combinan de una manera amable el sarcasmo, la anécdota y el etnocentrismo?

⁵ Gregory Bateson, *Naven*, Stanford University Press, 1958, p. 1.

El etnocentrismo se demuestra a cada rato, en típicos comentarios de un británico de visita en México, que, «como lo sabe todo el mundo, es definitivamente un lugar de ladrones. Después de la *Oración*, cuando oscurece, todas las tiendas cierran por miedo a los ladrones». Más claramente no se puede decir que el pueblo mexicano es el de una bola de ladrones: ya hemos establecido el carácter nacional de los mexicanos.

El etnocentrismo se demuestra a cada rato, en típicos comentarios de un británico de visita en México, que, «como lo sabe todo el mundo, es definitivamente un lugar de ladrones. Después de la *Oración*, cuando oscurece, todas las tiendas cierran por miedo a los ladrones». Más claramente no se puede decir que el pueblo mexicano es el de una bola de ladrones: ya hemos establecido el carácter nacional de los mexicanos.

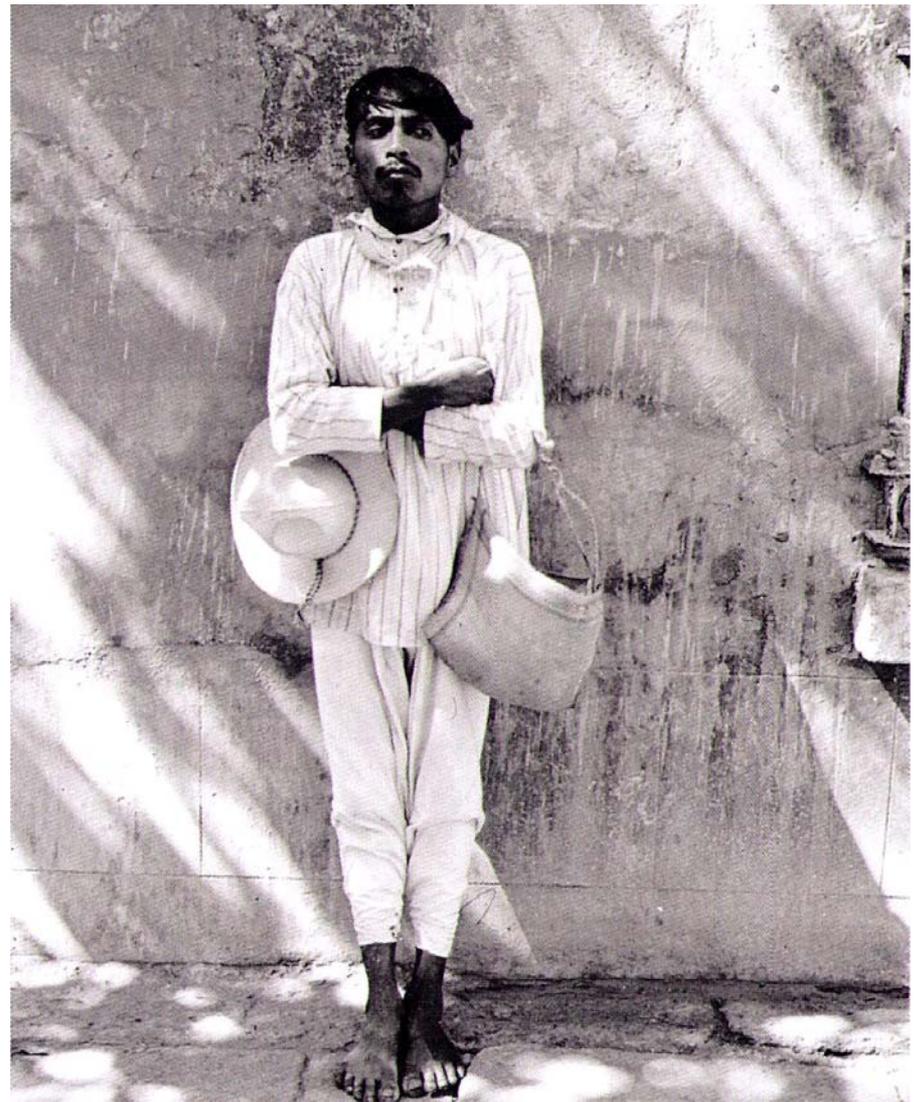


Fotografías: Manuel Álvarez Bravo, *Señor de Papantla*, México, 1935, colección del autor, página 146 y Juan Rulfo, *Mercado en Zecatepec*, Oaxaca, México, 1950, colección Familia Rulfo, página 308 (v. referencia bibliográfica en directorio)

Todo el texto está salpicado de anécdotas que hacen puente entre las observaciones directas de Tylor y sus conocimientos etnográficos: «En San Juan de Dios, el señor Christie se subió al techo de la diligencia, detrás del conductor, que tenía a sus pies una bolsa grande llena de piedras. Cuando una de las nueve mulas se sintiera dispuesta a rehuir su trabajo, le alcanzaría una gran piedra, siempre dándole en algún lugar sensible, pues muchos años de práctica le habían proporcionado al conductor un tino tan bueno y preciso como el de los pastores en las montañas, que dicen que pueden atinarle a sus chivos en el cuerno que quieran para regresarlos al camino correcto si se quieren desviar. Pero nuestro conductor sencillamente tiraba las piedras, mientras que el pastor utiliza hondas de fibra de maguey, como las que vimos colgadas en las tiendas mexicanas».

Este etnocentrismo británicamente sarcástico envuelve un racismo y una discriminación que en aquellos años eran rampantes, como una parte del sostén ideológico del colonialismo. Hablando de Morelos, sobre la irrigación y el cultivo de la caña de azúcar, opina que «Desafortunadamente, ni siquiera aquí florece la agricultura. El número reducido de habitantes blancos y el estado desastroso del país hacen, tanto a la vida como a la propiedad, extremadamente inseguras, y la gente morena está cada día menos dispuesta a trabajar en las plantaciones». Las perspectivas del imperio británico ocuparon la primera plana en el periodo, y en 1869, un escritor expresó en *The Spectator* que «imperialismo, en el mejor de sus sentidos, implica la

La lógica de esta interpretación del colonialismo como servicio social se puede expresar así: nosotros, los blancos, tenemos la desagradable tarea de civilizar a los pinches negros, por lo que es justo que nos cobremos una leve comisión.



conciencia de que, en algunas ocasiones, existe la estricta obligación de afrontar tareas sumamente fastidiosas y ofensivas, tales como la defensa de Canadá o el gobierno de Irlanda», lo que nos lleva, junto con la idea de abandonar el aislamiento de la metrópoli —J. A. Froude afirma, también en 1869, que «Inglaterra puede tener frente a sí un futuro más grande que su pasado; en vez de permanecer aislada, completa en sí misma, puede convertirse en la metrópoli de un imperio gigantesco y coherente» (Thornton, 1989: 304) — directamente hacia la idea de Rudyard Kipling de *El Fardo del Hombre Blanco* (*The White Man's Burden*). La lógica de esta interpretación del colonialismo como servicio social se puede expresar así: nosotros, los blancos, tenemos la desagradable tarea de civilizar a los pinches negros, por lo que es justo que nos cobremos una leve comisión.

El racismo no es, sin embargo, un monopolio británico o europeo; se manifiesta con mucha fuerza en las abominables expresiones de la colonia Nueva España: «gente de razón» quiere decir «gente europea», mientras que «gente sin razón» quiere decir «gente indígena». Pero en nuestro México de hoy sobrevive el racismo de una forma muy visible. Dos notables ciudadanos mexicanos declararon respectivamente que «la cultura india fue pues, coja desde su nacimiento; carecía precisamente de aquello que es lo más delicado de todas las culturas. El intelectual indio no puede obrar sobre la masa apelando a la razón, y tuvo que actuar como sacerdote, como brujo... los idiomas indios son tan embrollados

como los bultos de los dioses... más que aglutinantes, polisintéticos y de raíces ásperas, de sintaxis sorprendentes e imprecisos. Fruto natural de conceptos mentales incompletos»; y sigue: «Es natural que necesite que muchas generaciones mueran en el limbo del asombro, para que las memorias raciales se borren de las mentes; para que los nuevos idiomas se introduzcan como propios en los cerebros; para que en el horizonte sombrío de horror que en el pasado forman su hambre, su propia complicada cultura, y el desplome de la Conquista, los negros cúmulos se disipen. Mucho tiene el indio que olvidar, para poder aprender... Los indianistas irreflexivos que tratan ahora de resucitar el uso de lenguajes ya muertos, o condenados a morir por ser absolutamente inadecuados a la situación presente, sólo logran retardar el momento en el que el indio liberado ya de la carga que los recuerdos inconscientes de una situación de dolor representan para él, asuma conscientemente el papel activo de la nueva cultura a que se trata de incorporarlo. Ayudemos al indio a olvidar lo viejo, el dolor y la muerte, y a aprender lo nuevo. Nuestra acción tendrá así noble finalidad humana desprovista de egoísmo, que será capaz de saldar la cuenta a nuestro cargo asentada por nuestros antepasados conquistadores y encomenderos». El comentario no es del siglo XIX y no se debe a un turista extranjero en México: es de José López Portillo, de 1944, años antes de que supiera que sería el presidente de México y la máxima autoridad del indigenismo en este país⁶.

«...Ayudemos al indio a olvidar lo viejo, el dolor y la muerte, y a aprender lo nuevo. Nuestra acción tendrá así noble finalidad humana desprovista de egoísmo, que será capaz de saldar la cuenta a nuestro cargo asentada por nuestros antepasados conquistadores y encomenderos». El comentario no es del siglo XIX y no se debe a un turista extranjero en México: es de José López Portillo, de 1944, años antes de que supiera que sería el presidente de México y la máxima autoridad del indigenismo en este país

⁶ La cita es del artículo de José López Portillo, publicado en la *Revista Cuadernos Americanos*, 1944, pp. 159-162.

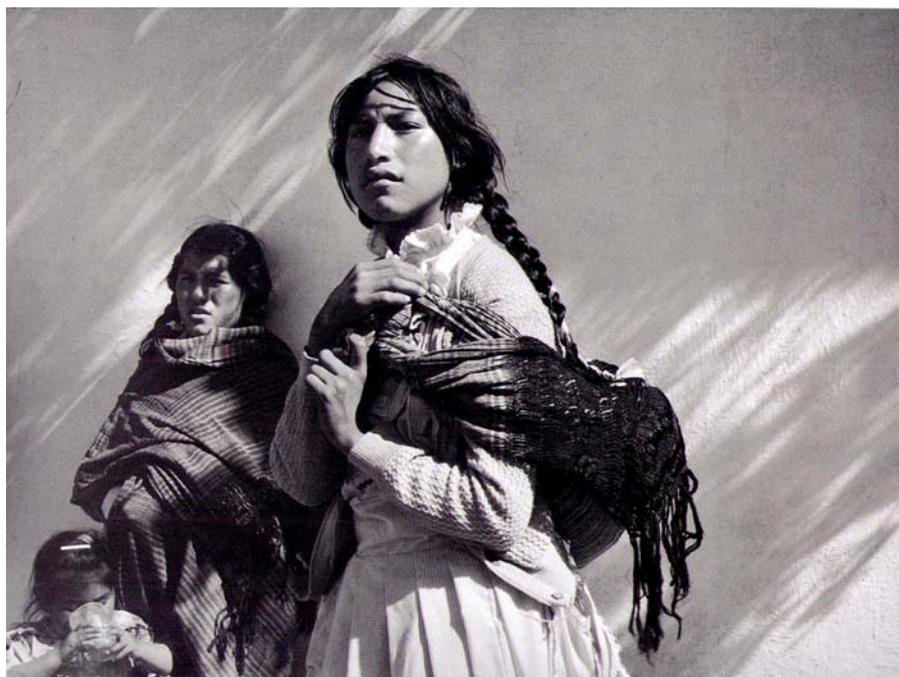
Otro notable ciudadano mexicano escribió recientemente que «el atraso crónico del sureste se debe a causas muy complejas. Muy probablemente la composición racial del área sea determinante. Ahí, la gran cantidad de población indígena dispersa y heterogénea ha hecho que el proceso de mestizaje avance con mayor lentitud que en otras regiones del país». Las palabras son de las memorias de Miguel de la Madrid, publicadas en 2004⁷.

Pero Tylor se revela como un miembro sensato de la burguesía comercial, que sabe apreciar una pieza de racionalidad y sentido común, y aprueba plenamente al administrador de la Hacienda de Temixco cuando supervisa a sus peones: «Entonces el administrador se sentó detrás de un gran libro y empezó a pasar lista de 'raya'. Cada hombre, al ser llamado en turno por su nombre, contestaba en voz alta: 'Alabo a Dios', y luego decía cuánto había ganado en el transcurso del día para que el administrador lo apuntara. '¡Juan Hernández!'. 'Alabo a Dios, tres reales y medio'; 'alabo a Dios, un peso y nueve peniques'. '¡José Valdés!'. 'Alabo a Dios, dieciocho peniques, y seis peniques para el muchacho', y así seguía, pasando por cientos de nombres». Aquí vemos al capitalismo mexicano en función, aprobado por un capitalista británico.

La última parte del capítulo es dedicada a las ruinas de Xochicalco, al «enigma de Xochicalco», como se dice a menudo. La descripción de Tylor es minuciosa: «Los lados se habían colapsado, en algunos lugares estaba completamente llena y por todas partes se encontraba cubierta de un grueso matorral, tal como lo estaba el cerro. Parece que esta zanja corre alrededor de la base del cerro y mide unas tres millas. Subiendo a través de la maleza con sus arbustos espinosos y saliéndonos a las terrazas, se volvió evidente que el cerro había sido formado artificialmente. Las terrazas fueron construidas con bloques de piedra sólida y cubiertas con lo mismo.

En los cerros alrededor pudimos distinguir huellas de otras carreteras de terrazas del mismo tipo; debe de haber todavía muchas millas de éstas.

Pero fue hasta que llegamos a la cúspide que encontramos la parte más notable de la estructura. Se le ha quitado la punta, creando así un gran espacio plano rodeado de una barda, ahora en ruinas. Dentro del espacio cerrado se encuentran varios montículos de piedra, sin duda entierros, y eso es todo lo que queda de la pirámide. Nunca olvidaré nuestra sensación de asombro y admiración cuando, de repente, la encontramos, decaída y mutilada, mientras nos abríamos camino a través de la maleza. No nos habíamos preparado para algo así pues, en la mañana, cuando salimos, todo lo que sabíamos era que allí había algunas viejas ruinas»; y más detalles: «La pirámide fue hecha de bloques de piedras talladas unidas con tanta precisión, que apenas se distinguen las uniones, y el tallado continúa sin interrupción de un bloque al siguiente. Algunos de estos bloques miden ocho pies de largo y casi tres de ancho. Fueron unidos sin mezcla y, de veras, juzgando por la construcción del edificio, no hubo necesidad alguna de ella. El primer piso mide alrededor de dieciséis pies de altura, incluyendo el zócalo que se encuentra en el fondo. Encima del zócalo sigue un grupo de figuras esculpidas que se repite alrededor de la pirámide, dos veces a cada lado. Cada panel ocupa un espacio de treinta pies de largo por diez de alto, y los bajorrelieves sobresalen aproximadamente tres o cuatro pulgadas. Hay un jefe, vistiendo una faja y un penacho de plumas, exactamente como aquellos de los Pieles Rojas en el norte. Debajo de la faja termina en una voluta. En medio del grupo hay algo que tal vez representa una palmera, con un conejo a su pie. Cerca de este árbol, y alcanzando casi la misma altura, hay una figura con la cabeza de un cocodrilo usando una corona, y con un ropaje de líneas paralelas, como las alas



de las criaturas en los bajorrelieves de los asirios. Eso puede muy bien ser una representación convencional de los atuendos de plumería que son tan característicos en México».

Aquí encontramos a un Tylor especulativo que intenta imaginarse cuál habrá sido la función de las majestuosas ruinas en su momento: «Es evidente que Xochicalco cumplía varias funciones. Era un cerro fortificado de gran fuerza, un templo sagrado y un panteón para personas importantes, cuyos cuerpos, sin duda, yacen todavía bajo los montones de piedras cerca de las ruinas. La magnitud de la zanja y de las terrazas, así como el gran tamaño de los bloques de piedra que fueron subidos a la cúspide del cerro sin el uso de animales de carga, indica la existencia de una población numerosa y de un gobierno despótico. La belleza de la albañilería y de la escultura muestra que el pueblo que creó este monumento había progresado considerablemente en las artes. También debemos recordar que no tenían hierro, sino que arduamente cortaron y pulieron granito y piedra porfídica con instrumentos de piedra y bronce.

⁷ La cita es de *Cambio de rumbo. Testimonios de una presidencia, 1982-1988*, de Miguel de la Madrid, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, p. 173.

Fotografías: Mariana Yampolsky, *Mujeres Mazahua*, México, 1988, colección de la autora, página 319, Pablo Ortiz Monasterio, fotografía de la serie *Tiempo Acumulado*, México, DF, 1980, colección del autor, página 268 (v. referencia bibliográfica en directorio) y Lourdes Grobet, *Fachada oeste de la Pirámide de las Serpientes emplumadas*, p. 16 (de *La Acrópolis de Xochicalco*, De la Fuente, et. al., 1995).

«...En medio del grupo hay algo que tal vez representa una palmera, con un conejo a su pie. Cerca de este árbol, y alcanzando casi la misma altura, hay una figura con la cabeza de un cocodrilo usando una corona, y con un ropaje de líneas paralelas, como las alas de las criaturas en los bajorrelieves de los asirios. Eso puede muy bien ser una representación convencional de los atuendos de plumería que son tan característicos en México».

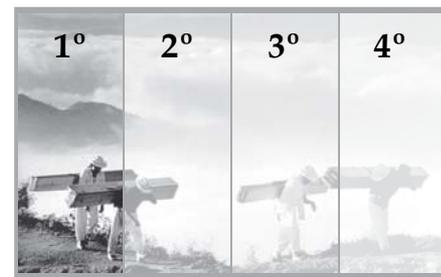


Apenas podemos imaginar de qué manera». Pero encontramos al mismo tiempo a un Tylor crítico que observa que «Las similitudes que encontramos entre las esculturas asirias y egipcias y los monumentos americanos tienen poco valor, y parecen insuficientes para sostener cualquier argumento. Es difícil imaginarse que no hay similitud alguna entre las figuras que producen, cuando razas levemente civilizadas copian hombres, árboles y animales en su manera burda».

El texto es un encuentro con un gran viajero que está a punto de convertirse en antropólogo y en el acto crea la antropología como disciplina y como oficio.



Usted leyó la primera entrega:



El Regional
El prestigio de la palabra escrita DEL SUR

Efraín Ernesto Pacheco Cedillo Eolo Ernesto Pacheco Rodríguez
Director fundador Director general

Carlos Gallardo Sánchez Bonifacio Pacheco Cedillo
Subdirector editorial Coordinador de suplementos

regiones es una publicación mensual cuyo principal propósito es socializar el saber, editada por el Colectivo Antropólogos en Fuga y Compañía y por El Regional del Sur. El contenido de los artículos es responsabilidad de sus autores **Coordinación general:** David Solís Coello, Adriana Saldaña Ramírez, Mariana González Focke, Livia González Ángeles, Pilar Angón Urquiza, Josué Fragoso **Traducción e introducción de «Cuernavaca, Temisco, Xochicalco», séptimo capítulo de Anahuac:** Leif Korsbaek **Revisión de la traducción para Regiones...:** Livia González Ángeles **Coordinación, edición, formación y corrección:** Adriana Saldaña, Livia González y Gerardo Ochoa **Agradecimientos:** Marcela Barrios Luna, Tatiana Azul Ramírez, Carlos Y. Flores **Fotografías en este número:** varios autores, en Billeter, Erika, *Canto a la Realidad. Fotografía Latinoamericana 1860-1993*, Lunberg Editores, España, 2003 [1993] **Portada:** Sebastião Salgado, México, 1980 (del libro antes citado).

www.elregional.com.mx/suplementos/regiones.php
regiones@gmail.com | supleregiones@yahoo.com.mx